

LUCILA LA DULCE MAMÁ PETIRROJO



Unos pajaritos aún estaban dentro del cascarón, durmiendo plácidamente entre mullido algodón, formado por cálidas y suaves plumas, de las que su mamá de su pechito se desprendió.

La mamá pajarita se llamaba Lucila, tenía el pecho rojizo, unos ojitos lindos y espabilados y un fino pico que le daba un aspecto elegante y refinado.

Un día estaba Lucila muy tranquila custodiando su gran tesoro, eran sus 3 huevos que para abrir les faltaba poco. Pero de pronto escuchó el canto cercano de un halcón, era su mayor depredador.

¡Socorro!- Gritó.

Y dando un salto salió volando, y dejó el nido solito pero estaba muy bien escondido.



Rápidamente al nido se acercó muy despacito, Curra, que era una cuca, y había sido ella la que el canto del halcón imitó, para ahuyentar a Lucila de su nido, porque Curra quería dejar un huevo suyo en tan lindo cobijo, sin que Lucila se diera cuenta.

Curra dejó su huevo junto a los demás, menos mal que el nido era muy grande y cabía perfectamente uno más, pero el huevo de Curra era de diferente color.



Lucila pasado un rato al nido regresó, cuando se aseguró que no había ningún halcón merodeando. Miró dulcemente su nido pero algo diferente notó, uno de sus huevos era de otro color, pero ella se dijo, que más me da acunar uno más, y se acurrucó con ternura y comenzó a darles calor.

Llegó el día en que los pequeños picos comenzaron a asomar, por fin rompían su cascarón, había llegado la hora de salir al mundo y ver el sol.

La dulce mamá Lucila muy contenta con gran empeño y sin descanso todos los días los cuidaba, pero había uno que mucho trabajo le daba, era algo diferente, porque crecía y crecía mientras los demás pequeñitos seguían. Claro era el polluelo que dejó Curra, pero aunque Lucila siempre lo supo, ella disimulaba no saber nada, aunque le daba muchísimo trabajo pues era muy tragón.

El polluelo fue creciendo, y tanto creció, que casi en el nido no cabía, y Lucila estaba agotada volando para todos lados, consiguiendo comida para su hijito glotón.

Así que le enseñó a volar rápidamente, y él comenzó a buscarse su comida y ella un gran trabajo se quitó

Lucila alimentó a su gran polluelo con amor de madre, que es la entrega sin condición, aunque fue un huevo que en su nido encontró, pero como auténtica madre se erigió.

Y se sacrificó para conseguirle comida, siendo una agotadora tarea, porque era muy grande y tragón.



Curra, solamente puso el huevo, lo dejó y jamás regresó.

De su enorme polluelo a Lucila algo gratamente le sorprendió, porque éste comenzó a traer comida para sus hermanos, pues mucho cariño les cogió, y de Lucila nunca se alejó, pues gran amor le tenía a la madre que con tanto cariño lo crio.

FIN